

H O R N E R O S

Por JUAN BURGHI

A D. PEDRO SERIÉ

En uno de mis habituales paseos hacia las afueras de la ciudad, descubrí un nido de estos laboriosos artífices construido en el suelo, sobre el césped. Visto desde el camino, semejaba uno de esos montículos de tierra que denuncian un hormiguero. Observado atentamente, identifiqué un horno que supuse abandonado ahí por alguien, luego de haberlo sustraído en las inmediaciones de ese lugar.

Aunque el terreno era algo pantanoso a causa de las lluvias (principios de setiembre), me allegué, comprobando realmente un nido, hecho en el mismo sitio donde se hallaba, y a punto de terminar en ese momento. Ocho días después, el sábado siguiente, lo habían concluido.

Llevé este dato al Museo de Historia Natural, cuyo administrador, señor Gavio, me recibió con la cordialidad de un viejo amigo, interesándose vivamente por el hallazgo, y dejándome comprender cuán grato sería obtener, para el Museo, esta pieza que comprobara de *visu* un caso tan poco frecuente.

Gustoso le ofrecí extraerlo y donarlo. Antes, y por consejo del mismo señor Gavio, tomé algunas fotografías. Luego lo extraje cortando un pan de tierra de unos setenta centímetros de lado, por unos quince de espesor, que puse cuidadosamente sobre una plataforma llevada al efecto. Hice la entrega al Museo, acompañando las fotografías y una nota que, además de un planito del lugar, decía:

« Nido de hornero construido en el suelo, en pleno campo. A unos veinte metros de un cañada, en terreno bajo y anegadizo. Orientado hacia el Este N. E. A cien metros del camino pavimentado de Morón a Campo de Mayo; trescientos metros antes de llegar a la curva de Bella Vista, sobre la izquierda, frente a la alcantarilla. Es una región muy arbolada. Sacado el 3 de octubre de 1936. Quince días antes de esta fecha se hallaba definitivamente concluido. Alguien, persona o animal, le destruyó la entrada y, en el momento de sacarlo, los horneros estaban reparándolo. No se aguardó a que lo terminaran de nuevo, por temor de que fuera deshecho, perdiéndose así la oportunidad de comprobar un caso muy poco frecuente ».

Entretanto, he querido observar qué harían sus dueños. Imaginaba que volverían a edificar ahí nuevamente; pues, por observaciones anteriores,

sé que, cuando se les destruye una vivienda, insisten con otra en el mismo lugar.

Tal vez por hallarse muy avanzada la estación, aprovecharon un hornito ubicado en un sauce mimbre que existe a unos treinta metros de ese punto, aplicándose a reparar ese horno que estaba deteriorado en el frente, tarea mucho más breve que fabricar otro por entero. Pero alguien los despojó de nuevo, y volvieron otra vez al suelo, a cinco metros escasos del hoyo que dejara la extracción anterior, y aprovechando el barro que la



Nido de hornero construído en el suelo.

lluvia formó en él. Hecha la plataforma del nido (que es como una amplia y seca boñiga de vaca), y unos cinco centímetros de muro, no sé por qué causas, abandonaron la tarea, volviendo a comenzarla una vez más en el citado árbol.

Y ahora formulo una pregunta: ¿A qué causas obedece la distinta ubicación que dan a las puertas de sus moradas estos alegres arquitectos del espacio, aunque en las observaciones que he practicado exceden, y con mucho, las entradas hacia el lado izquierdo, o sea a la derecha del observador, puesto de frente al nido?

Muchos de éstos, situados a distancia de pocos metros, los que medían de uno a otro poste en una línea telefónica, sin ninguna diferencia de

altura y orientación, de modo que no existe la menor duda que sobre ellos predominan los mismos vientos; los rayos del sol se proyectan exactamente, y las condiciones de visibilidad son idénticas; no obstante, suelen tener la puerta en uno u otro lado, indistintamente.

Efectuando un recuento en zonas vecinas, obtuve los siguientes resultados:

Nidos observados:	42;	izquierda	31;	derecha	11
»	»	100	»	59	» 41
»	»	93	»	60	» 33
»	»	32	»	22	» 10
Total	»	267	»	172	» 95

Lo que da un 64½ % de nidos con la entrada a la izquierda, y 35½ % a la derecha (¹).

* * *

Aprovecho esta oportunidad para consignar algunas observaciones y referencias sobre estos simpáticos amigos del hombre, seres maravillosos, mezcla de sabio arquitecto, obrero disciplinado y poeta feliz; cuya costumbre de no habitar la misma vivienda durante varios años cual otras aves, construyendo cada estación una nueva, tal vez obedezca más que a sus hábitos de limpieza, que son proverbiales, a su gran actividad. De no emplear su tiempo en esa constante alfarería, el hornero tendría que permanecer inactivo una buena parte del año, cosa inconcebible en él.

Estas observaciones y referencias, fueron recogidas en el pueblo de Libertad, Departamento de San José, República Oriental, en la propiedad rural que ahí poseía un compañero de juventud de mi padre, y donde, años atrás, pasé algunas vacaciones.

Era su dueño un viejo hidalgo suizo alemán, agrimensor y botánico, amigo de los libros y la naturaleza, que vivía refugiado en su frondosa quinta, casi identificado con el amable mundo que lo rodeaba. Dispensando una gran simpatía a los horneros, habían llegado en su larga amistad a una tal confianza que, al verlo echarse al hombro la pala de puntear con que iría a cavar algún hoyo, un viejo casal de estas aves lo seguía y, al comenzar su tarea, a medida que volvía la tierra, se apoderaban de cuanto insecto quedaba en descubierto, teniendo con frecuencia, nuestro buen amigo, que apartarlos con la mano, a fin de que la pala o el terrón que volteaba no los hiriera.

(1) Un amigo mío, espíritu culto y observador sagaz, aventura esta hipótesis que, por bella y fina, consigno: « Si acaso no variará la ubicación de la entrada, según ella sea elegida por el macho o la hembra de la pareja, al comenzar el edificio ».

* * *

Al cabo de una prolongada sequía, una fuerte lluvia durante la madrugada. Con el comienzo del día la lluvia decrece. Ahora sólo caen escasas gotas que se pulverizan en el resplandor ámbar del sol que se insinúa. En la extensa cancha que sirve de patio junto a las casas, la tierra sedienta sorbe con fruición. Las lombrices, buscando la humedad y la frescura externa, afloran a la superficie: unas burbujitas muy pequeñas las denuncian. Los horneros deambulan con su paso elástico y su mucha gallardía en el porte. Al verlos, se piensa en un airoso mosquetero cuya invisible espada, que la mano de su dueño presiona en el pomo, se alza en la punta, levantando por detrás la capa... Quedan unos segundos atentos, la cabeza ladeada, el ojo fijo, una pata contraída en alto y, al descubrir las burbujas, se dirigen resueltamente hacia ellas y, con las finas pinzas de cuerno del pico, sacan con elegante seguridad la lombriz que llevan a sus crías.

* * *

Otra de las características que me han llamado la atención en estas aves, es la persistencia en fabricar su nido en determinado sitio: rama, poste o lo que sea, acaso por simpatía o cariño al lugar elegido.

A fines de un invierno muy lluvioso, una pareja de horneros construye su nido sobre un poste del alambrado que, en la quinta de referencia, da sobre el amplio camino nacional, entonces sin pavimentar. Todas las mañanas pasa por ahí un chico, montado en un petiso, rumbo al pueblo, en busca de provisiones. Cada mañana, este chico, con el cabo de su arreador destruye el trabajo efectuado durante la víspera por los tenaces artesanos que, teniendo el material al pie de la obra, es bastante apreciable. Durante nueve días consecutivos recomienzan la construcción en el mismo sitio, hasta que por fin, al décimo, convencidos de la imposibilidad de lograr sus propósitos, deciden abandonar y buscan la rama de un árbol vecino.

* * *

En ese punto que la noche vacila y que aprovecha el alba para insinuarse, un hornero, el jefe, acaso, desgrana la risa del timbal de su canto, como burla a la noche en derrota... Es la señal. Cien, doscientos, quien sabe cuántos, lanzan al unísono sus notas jubilosas: el estrépito de una celeste claraboya que se desploma... Por ahí llega, sin duda más fácilmente, la luz del día. Ese es, además, el despertador de mi buen amigo y el mío, el más agradable y exacto de cuantos despertadores he conocido hasta ahora; como que a su maravilloso mecanismo lo alienta el soplo del propio Creador...